

## CAPÍTULO PRIMERO

### LOS AÑOS DE LA PRIMERA JUVENTUD.

Es agradable conocer también el aspecto físico de un hombre célebre, de quien se quiere indagar el perfil espiritual y biográfico. En esta búsqueda, la curiosidad es un factor quizá más importante que la admiración.

Rancé, que muy pronto alcanzó fama de ser un nuevo Bernardo, no consiguió sustraerse a las tentativas de sus admiradores, de que dejara a la posteridad ese testimonio.

A pesar de su rechazo y dificultad de inducirlo a posar para un retrato, la insistencia de aquéllos fue premiada, hasta cierto punto, por la fantasía de algunos artistas que se prestaron “a retratarlo de memoria”, y de un pintor amigo de Rancé, que, a escondidas, durante una visita logró retratarlo “del original”.

En este último retrato, el único verdadero, descubrimos a un monje reflexivo y elegante al mismo tiempo, que refleja bien su nobleza y distinción de ánimo.

Los testimonios llagados hasta nosotros a través de los escritos de sus biógrafos son todavía más explícitos: “ Cuando estaba en la plenitud de la edad, hacia los veinticinco años – escribe Marsollier – su estatura era ligeramente superior a la media, de complexión armónica y bien proporcionada, fisonomía elegante y espiritual, frente alta, nariz grande, recta, no aguileña. Sus ojos eran de fuego, la boca y el resto de la cara bello cuanto se puede desear en un hombre. Emanaba de él un aire dulce y majestuoso que lo hacía simpático e invitaba a amarlo y respetarlo”.

Rancé se mantendría así hasta el fin de su vida, a decir de Saint-Simon: “La belleza no había abandonado aquel rostro extenuado por la penitencia, por la edad y por el sufrimiento<sup>3</sup>”.

Este hombre, así dotado por la naturaleza, de clase social alta, rico, nació el 9 de enero de 1626 en París, donde el abuelo Denis Le Bouthiller – él firmaba Boutheiller, pues, de hecho, en aquella época los nombres propios cambiaban fácilmente de ortografía – había trasladado a la familia desde Angouleme. Le impusieron el nombre de Armand-Jean, como su padrino Armand-Jean du Plessis, cardenal Richelieu. Se podría decir que aquí comenzó el destino de la familia.

Del matrimonio de Denis con Claudine Macheco nacieron nueve hijos, cinco mujeres y cuatro varones. De las hijas, una sola se casó; las otras se hicieron religiosas. La mayor llegó a ser abadesa del monasterio de Saint-Antoine, en París; dos fueron capuchinas y una, carmelita. Los hijos, todos hicieron carrera con el apoyo de Richelieu. El primero, Claude, fue marqués de Pont-sur-Seine. Del modesto cargo de consejero en el Parlamento de París, Richelieu lo elevó al de secretario de Estado e intendente de finanzas, puesto muy envidiado en la administración real. Su hijo, León, tuvo a su vez trece hijos, que gozaron todos indistintamente del favor del Rey, y todos también, como su padre, tuvieron que soportar la trágica situación en que se vio su familia a la muerte de Richelieu, como se verá más adelante.

El segundo hijo de Denis, Sebastián, fue sacerdote, y el cardenal lo consagró obispo de Aire-sur-l'Adour. Fue hombre modesto y piadoso, que no buscó ulteriores promociones.

El tercer hijo de Denis, Víctor, tendría luego gran importancia en la vida de Armand. Desde niño, por así decir, inició su carrera. Fue provisto de tres encomiendas, Oigny, Aigües-Vives y La Trapa; consagrado obispo de Boulogne en diciembre de 1626, y promovido año y medio después a la archidiócesis de Tour, sin abandonar los otros beneficios.

El último hijo, el padre del abad Rancé, se llamaba Denis como su padre. Cuando Richelieu fue miembro del consejo de regencia, lo nombró secretario de la reina madre, consejero de Estado y tesorero de Francia por la Borgoña. Al caer en desgracia Richelieu y la reina madre, en 1620, Denis fue privado de sus cargos. Cuatro años después, habiendo recobrado el cardenal los favores de la corte, ascendió a Denis a presidente de la corte de cuentas de Borgoña,

conservando el cargo de secretario de la reina madre. Pronto llegaría a ser consejero de Estado y lugarteniente vicealmirante general de comercio y navegación de Francia, en Picardía, Calais, Boulonnais y lugares conquistados. Para conseguir que entrara a formar parte de la nobleza, como su hermano Claudio, le asignó el señorío de Rancé, que formaba parte de la Lorena.

Denis de Rancé y su mujer Charlotte, hija de François Joly de Fleury, jefe del consejo del cardenal, tuvieron ocho hijos. La primogénita fue Claude-Catherine, que a los quince años se casó con René e Faudoas, conde de Belin. Habiendo quedado viuda por la trágica muerte de su marido, contrajo segundas nupcias con el conde d'Albon. Vinieron después Marie, que se casó con François de Rochemonteix de la Roche-Vernassal; Denis-François, destinado a la carrera eclesiástica, y Armand-Jean. En 1628 nació Philippe-Charles, que llegó a ser caballero de Malta, luego oficial del puerto de Marsella, y finalmente segundo lugarteniente general de galeras. Las tres últimas hijas, Françoise, nacida en 1627, Marie-Louise y Thérèse, última de la familia, fueron religiosas.

La ambición, el apego a las riquezas y a los honores, la veneración al ministro todopoderoso del momento, que hacía ricos a los poderosos y a sus amigos, rodearon la cuna del pequeño, a quien, como ya hemos dicho, le fueron impuestos los nombres de su gran padrino Richelieu, Armand-Jean<sup>4</sup>.

Por París corría el dicho de que cuando Richelieu comenzó a ser favorito, hacia el 1630, “comenzaron a crecer los Bouthillier” y, como los Bouthillier, “comenzaron también a crecer los Bossuet y los Colbert ...”<sup>5</sup>, nombres que han hecho historia, piezas importantes del proyecto político general de crear una clase dirigente totalmente sometida al poder central.

Denis la Bouthillier se preocupó de elegir también con esmero la madrina de bautismo de su segundo hijo varón, Marie de Fourcy, esposa del marqués d'Effiat, intendente de finanzas.

Denis vertió sobre sus hijos la misma ambición que había nutrido para consigo mismo. Aprovechó al máximo las posibilidades que había entonces para asegurarse la riqueza, esto es, el apoyo de los poderosos, para poder entrar en la carrera de la administración del Estado, y para ser adjudicatarios de encomiendas<sup>6</sup>. Como buen padre, procuró valorizar al máximo las cualidades naturales de sus hijos. Así, el primer hijo, Denis-François, de carácter bondadoso, fue destinado a la carrera eclesiástica y, con la ayuda de Ana de Austria, admitido a la tonsura y colocado como canónigo de Notre Dame, cuando todavía era un niño. Y como los ingresos de esta canonjía no eran suficientes para el primogénito de los Rancé, con el apoyo de su tío Víctor le fueron otorgadas como encomienda cuatro abadías y un priorato.

El segundo hijo, Armand-Jean, de temperamento fogoso, guapo e inteligente, fue destinado a la carrera de las armas. Heredó las importantes baronías de Véretz y de Larçay<sup>7</sup> con rentas millonarias. Desde la más tierna edad gozó de la ternura especial de la reina madre, que lo quería como a hijo suyo y lo acariciaba y tomaba en brazos cuando el padre acudía junto a ella para su servicio de secretario. El padre, que soñaba para él un porvenir espléndido, quiso darle una educación refinada y completa. Para ello contrató tres educadores. El primero y más importante, el verdadero preceptor de todos los hermanos de Rancé, pero que se preocupó sobre todo de Armand-Jean, fue Favier<sup>8</sup>. Éste mantuvo con su pupilo una auténtica amistad, que duró toda la vida. Resulta conmovedor leer con cuánta delicadeza, sumisión y cordialidad, el ya famoso abad Rancé se dirigía a su anciano preceptor para pedirle y darle consejo. Los otros dos profesores que iban cada día a casa de Rancé, para explicar las lecciones, eran: uno de Latín, del colegio Harcourt, y, naturalmente, un helenista laico de nombre Bellérophon.

Estos ilustres personajes tuvieron en Armand un alumno ejemplar y muy inteligente. Bien pronto se convirtió en un humanista perfecto, un pequeño gentilhomme elegante y refinado.

Todo le auguraba el mejor futuro, pero en el 1635 llegó lo imprevisto, pues los médicos diagnosticaron a Denis-François una enfermedad gravísima, que trastocó completamente los planes tan bien contruidos por papá Rancé. Esta misteriosa enfermedad acabó en el breve tiempo de dos años con la vida del hijo mayor. De hecho, murió el 16 de septiembre de 1637.

Es interesante seguir con atención este momento de la vida del pequeño Armand, sea porque es un momento decisivo para él, sea porque es un ejemplo muy claro de la mentalidad del tiempo.

Así pues, Denis se encontró improvisamente apartado de sus proyectos por un acontecimiento inesperado. En medio del dolor por el final anunciado de su hijo, no pudo dejar de pensar en los intereses de la familia y en el futuro de los hijos que le quedaban. Fiándose de las previsiones médicas, que se cumplirían después puntualmente, Denis Rancé trabajó por adelantado.

Dada la juventud de Philippe-Charles – siete años – se vio obligado a transferir todos los beneficios de Denis-François a Armand-Jean, cambiando totalmente su vida. A los nueve años, el pequeño y refinado gentilhomme, encaminado hacia la carrera militar y honores de la corte, fue tonsurado. Este cambio imprevisto, exigido por los intereses económicos de la familia, pesó sin duda sobre el pequeño Armand, que no tenía en absoluto vocación al estado eclesiástico.

No era, por supuesto, un caso aislado entre los pequeños retoños de buena familia. Por desgracia, las encomiendas, además de estas consecuencias equivocadas en la vida de inocentes, fueron una de las plagas más graves que golpearon a la Iglesia.

El 21 de diciembre de 1635, Jean-François de Gondí, arzobispo de París, tonsuró al pequeño Rancé, que inició así la trayectoria de su vida excepcional.

Inmediatamente después de la muerte de Denis-François, el señor Rancé, acompañado de Armand-Jean, se presentó ante los canónigos del capítulo de Notre Dame provisto de letras patentes, con las que el arzobispo transfería la canonjía y la prebenda a él ligada de Denis-François a Armand-Jean, clérigo de la Iglesia de París.

Éste fue inmediatamente aceptado e instalado. Como tenía nueve años y la irresponsabilidad propia de un niño, fue requerida de Roma, y obtenida en seguida, la dispensa de sus deberes de canonjía, a causa de su corta edad y por motivos de salud<sup>9</sup>.

Se trataba ahora de mantener en familia también las cinco encomiendas que habían sido asignadas a Denis-François. Ana de Austria, esposa de rey, apoyó esta aspiración, y Armand, cuando tenía doce años, heredó las abadías de Saint-Symphorien-les-Beauvais, de la Trapa, de Val-Notre-Dame, el priorato de Boulogne y la abadía de Saint-Clémentin de Pointou.

Podríamos pensar que la ambición de Denis se había visto satisfecha, pero no fue así. Después de la derrota de María de Medici, en 1631, también la suerte de Denis se había oscurecido. Por otra parte, los favores prodigados por Richelieu a su hermano Claude, a su sobrino y a su hermana, no consiguieron más que agudizar el sentimiento de emulación. Procuró por todos los medios recuperar los favores del cardenal. Decidió presentarse ante él de forma afectuosa y convincente, y para ello se sirvió del talento de su hijo Armand-Jean.

Bajo la guía de su maestro de griego, monsieur de Bellérophon, Armand-Jean tradujo Anacreonte. Denis no quiso perder esta golosa ocasión, y encargó al editor Dugast publicar la obra traducida y comentada por el joven helenista. La dedicatoria del libro era una obra maestra de estilo oportuno, pero en los oídos refinados que debían escucharla sonaba muy clara la demanda de ayuda. Richelieu lo comprendió y le hizo esperar una nueva abadía. Pero los envidiosos no permanecieron mudos, y obligaron a intervenir al P. Coussin, confesor del rey. Éste sometió al joven canónigo a un minucioso examen, pero Armand-Jean superó brillantemente la prueba, leyendo de corrida la página de Homero que el padre le puso al azar ante sus ojos.

Rancé estuvo siempre orgulloso de su conocimiento profundo de la lengua griega. Más aún, como veremos más tarde, a los diecisiete años, cuando defendió la tesis de Filosofía, dejó claramente plantados a sus examinadores, que querían ponerlo en apuros, respondiendo altivamente a sus preguntas con un “¡He leído a Aristóteles sólo en griego!, tráiganme el texto en griego, y podremos discutir sobre él”. Su valentía en el examen con el P. Coussin no le

granjeó el favor del rey, porque el Padre hizo notar al soberano la inoportunidad de asignar nueva encomienda a un canónigo tan joven y ya bien provisto.

Continuó los estudios con gran ahínco, convencido como estaba de que para su aguda inteligencia el recorrido normal era demasiado largo, y de que en breve tiempo “llegaría a ser un gran teólogo”; pero la muerte del hermano, la boda de su hermana<sup>10</sup> y su precoz comienzo eclesiástico, se vieron acompañados, en el espacio de un año, por la muerte de la madre, acaecida el 14 de octubre de 1638.

Aquí, son inevitables las reflexiones de los biógrafos acerca de los efectos que tal muerte imprevista tuvo sobre el pequeño Armand. Es difícil saber cuán profundas fueran las relaciones entre madre e hijo y, sobre todo, si él era de verdad el preferido entre todos los hermanos; por eso es casi imposible valorar las consecuencias de la falta de la figura de la madre en los años más delicados del crecimiento. De todas formas, la pérdida del hermano y de la madre, en una edad tan frágil y necesitada de afecto, dejaron ciertamente una señal profunda en el alma del pequeño Rancé, lo que habrá de tenerse en cuenta en lo sucesivo, cuando su corazón siga senderos no siempre rectos.

Otro factor también importante en la formación del joven fue la influencia ejercitada sobre él por dos educadores, Jean Favier y Bellérophon; en particular el primero, quien, como sabemos, se dedicó a la educación de los niños desde la más tierna edad.

Como un caso quizá único en la historia, ha llegado a nosotros la correspondencia entre Rancé y Favier, hasta los últimos años de su larguísima vida. En estas cartas, a veces conmovedoras, descubrimos un grandísimo respeto mutuo, un afecto y una necesidad tácita de aprobación, que se extiende ininterrumpidamente durante más de cincuenta años.

A partir de 1642, el joven Armand-Jean comenzó a frecuentar el colegio de Harcourt, pero apenas había entrado, cuando la muerte golpeó nuevamente a su familia. Su cuñado Berlin fue asesinado a traición por Bonnivet. Dejó una viuda al límite de la desesperación y dos hijos, una niña y un pequeñín, que pronto le acompañaría a la tumba. El final de Belin fue la trágica consecuencia de la rivalidad entre dos familias, los Rochechouart y los Faudoas. François de Rochechouart, marqués de Bonnivet, guardaba odio mortal a los Faudoas. Había estrangulado personalmente a Léonore de Faudoas sin ningún escrúpulo, y nadie había tomado justicia de este delito. Se hubiera tenido que encargar de ello el hermano de la víctima, René de Belin<sup>11</sup>, pero no hizo nada, y este comportamiento suyo le resultó fatal, pues Bonnivet juró matarle también a él, y lo consiguió.

El dolor del joven Rancé fue indescriptible, ya por el horror del hecho en sí, como por el gran afecto que le unía a su hermana Claude-Charlotte, y él abrió su corazón en una carta a Favier<sup>12</sup>.

Todo esto sucedía el 15 de diciembre de 1642. El día anterior había muerto Richelieu. Este acontecimiento, en el ambiente durante muchos meses, dada la larga enfermedad del cardenal, tenía que iniciar un nuevo capítulo en la historia de la familia de los Bouthillier. Ahora, privados de su protector, tuvieron que sufrir la venganza de sus envidiosos enemigos, encabezados por Mazarino.

El padre de familia, el marqués de Port-sur-Seine, un mes después de la muerte de Luis XIII, acaecida el 3 de mayo de 1643, se vio privado de su cargo de lugarteniente de fianzas y exiliado a sus dominios. Su hijo, el conde de Chavigny, tuvo que dejar el puesto de secretario de Estado.

Cuando Rancé se presentó a defender su primera tesis, para acceder al grado de maestro “ès artes”, el día 6 de agosto de 1644<sup>13</sup>, se encontró con un claustro de profesores especialmente hostiles. Se vio obligado a argumentar y responder a sus preguntas, que calificaríamos de feroces, durante bastante más de la hora tradicional, pero, como ya hemos insinuado, consiguió dar cuenta de las dificultades, sirviéndose de su perfecto conocimiento de la lengua griega.

Sus estudios continuaron si entusiasmo, y él se mostró abiertamente reticente a recibir las órdenes sagradas. Su padre, que le había impedido con una prohibición explícita proseguir la

investigación astronómica y alquímica, dos ciencias tan de moda en aquel tiempo, había calculado el peligro al que se vería expuesto frecuentando las lecciones de los profesores de la Sorbona. Consiguió, no sin dificultad, hacer que se viera libre de la obligación de asistencia, y se empeñó en que siguiera lecciones privadas de todas las materias previstas en el curso de la universidad pública.

Durante estos estudios de Teología, Rancé tuvo que consultar por casualidad a Santo Tomás. Quedó tan decepcionado, que guardó una verdadera aversión por el gran teólogo de Aquino. Sólo el trabajo paciente de los carmelitas de rue de Vaugirard, donde su madre estaba sepultada, consiguió rescatar su espíritu a un conocimiento mejor de la Summa de Tomás.

Pero muy pronto el hastío de este género de vida, ni elegido ni querido, le impulsó a buscarse amigos que pensarán como él. Con éstos, especialmente François de Harlay, abad de Champvallon, y François de Clermont-Tonnerre, comenzó a llevar un estilo de vida muy distinto del prescrito al estado clerical, al que, quieras o no, él pertenecía.

Rancé, ya con veinte años, se reveló un apasionado jinete, un tirador selecto y un espadachín. Su pasión era la caza. “Por la mañana, predicar como un ángel, y por la tarde, cazar como un demonio<sup>147</sup>”. Este era el programa declarado por él mismo. La afirmación manifiesta claramente cómo la predicación no era para él un compromiso religioso, sino la mejor manera de darse a conocer y hacerse estimar. De hecho, a la edad de veintiún o veintidós años era uno de los más apreciados predicadores de París. Se preparó con esmero para defender su primera tesis de Teología, y la dedicó a la reina madre, Ana de Austria. Salió brillantemente airoso, y fue admitido al último tramo de estudios para el doctorado. Durante los dos años que le separaban de aquella meta, él siguió el mismo estilo de vida que hasta entonces la había proporcionado tanta alegría y placer. Así podría haber continuado, sin ambicionar otros cargos en la Iglesia; muchos lo hacían. Las numerosas encomiendas de que estaba provisto le proporcionaban riqueza suficiente sin ningún esfuerzo de su parte.

Esta conducta no gustaba precisamente al señor Denis de Rancé, que, por la ligereza del hijo, veía en peligro la sucesión, dentro de la familia, del arzobispado de Tour. El tío, Víctor, enfermo, deseaba dejar el arzobispado al sobrino, que por sus dotes y talento era muy idóneo para el cargo. Pero Armand no parecía pensar en absoluto en ello.

Por fin, bajo el impulso de los consejos de su padre, muy concretos y tendentes a que no perdiera los beneficios, Armand accedió sin entusiasmo, y aceptó recibir las órdenes sagradas.

Inmediatamente se puso en movimiento la habilidad de su padre, para solicitar al señor de Saussai las letras dimisorias necesarias para recibir las sagradas órdenes. Con éstas, se le concedió no sólo la facultad de ser admitido a las órdenes menores y mayores, sino también de recibirlas al mismo tiempo, sin esperar el tiempo establecido entre unas y otras; y además, el poder elegir obispo para su ordenación. ¡A los grandes de la tierra nada les es denegado; más aún, se les concede más de lo que piden!<sup>15</sup>.

Y helo ya en Saint Lazare, donde vivía Vicente de Paul, para hacer un retiro de doce días y prepararse a esas etapas importantes. Fue sin duda su profunda honestidad la que le impulsó a tomar estos días de reflexión, antes de dar un paso que le angustiaba y asustaba. ¿Qué era un atracón de días para una vida tan alejada de aquel amor de Dios, que, por el contrario, impregnaba la atmósfera de la casa de Vicente? Poco, ciertamente, pero debieron dejar huella, cuando el mismo Rancé reconoció que era “una verdadera casa de Dios, como la que no se encuentra ejemplo en ninguna parte<sup>167</sup>”.

Vicente colaboró, y convenció al joven a que realizara al menos algunos cambios externos, corte del pelo largo, renuncia de los vestidos ricos y engalanados con encajes y joyas, por un modesto hábito clerical. Luego fue más allá, y explicó al joven el peso de tantas riquezas, inadmisibles para quien quería servir a Dios. Sin embargo, estos argumentos no tuvieron ningún eco en Armand-Jean; por otra parte, no habría podido desprenderse de sus beneficios sin permiso de sus padres, y le respondió: “Padre, deje, por favor, para más tarde sus

recomendaciones sobre este punto. El problema es nuevo para mí, y antes quiero profundizar en él<sup>17</sup>”.

Su corazón era aún sordo a la llamada de Dios. Estaba todavía embriagado por los humos del orgullo, y con gran respeto afirmaba en una carta a Favier; “He hecho un retiro de doce días en la Misión, y estoy muy satisfecho de aquella buena gente<sup>18</sup>”. Al final de estos días, recibió de manos del Paul de Gondi<sup>19</sup>, futuro cardenal de Retz y entonces coadjutor del arzobispo de París, las órdenes menores y mayores, hasta el diaconado<sup>20</sup>. Para ser ordenado sacerdote tendría que avanzar más en sus estudios de Teología. Pero Rancé, antes de decidirse a dar este paso, esperó todavía un año, y sólo a finales de diciembre de 1649 se inscribió en la Sorbona, para recorrer el último tramo hacia la licencia y doctorado en Teología.

Superó con gran éxito los exámenes intermedios, y el 22 de enero de 1651 fue ordenado sacerdote por su tío Víctor, en la capilla de la Anunciación. En marzo del año anterior una vez más la muerte había probado a la familia Rancé con la pérdida de Denis, padre de Armand-Jean. De este luto no nos ha quedado vestigio, y parece que no afectó demasiado al estudiante. Se preparó con gran vehemencia para defender la disputa llamada “Sorbónica”, necesaria para obtener la licencia. De esta aprobación dependía la evaluación de los candidatos, determinante para el futuro de cada uno. Rancé la defendió el 10 de febrero de 1652, y salió el primero, antes que el maestro Gascón Chamillard y que el maestro Jaques-Bénigne Bossuet. Sobre esta calificación se han hecho muchas conjeturas. Sorprende sobre todo el tercer puesto de Bénigne Bossuet, a quien todos estimaban muchísimo, y del que todos esperaban grandes cosas en el futuro. Probablemente Rancé gozaba de algún favor, debido a su rango social, pero no se puede negar su gran preparación y sus excelentes dotes intelectuales. Bossuet no le guardó ningún rencor, al contrario, se acrecentó su amistad y afecto hacia él.

## NOTAS

<sup>1</sup> Rigaud Hyacinthe. El retrato se conserva en la sala capitular de la Trapa.

<sup>2</sup> Marsollier, I, c. IV, p. 15-16.

<sup>3</sup> Saint-Simon, *Mémoires*, I, c. 24.

<sup>4</sup> Fue bautizado el 30 de mayo de 1627 en la iglesia de S. Cosme de París, ante la presencia del cardenal Richelieu.

<sup>5</sup> Cherel, I, c. I, p. 33.

<sup>6</sup> El sistema por el que las casas religiosas eran constituidas en encomiendas se había extendido enormemente, por el concordato de 1516, y estaba permitido a la corona asignar rentas y títulos de estas casas a quien fuera nombrado. No era necesario que éste hubiera recibido las órdenes sagradas, y a veces era un menor. Fue la preponderancia de este tipo de abades o priores la que en Francia llevó al uso del título de ‘abbé’ para el clero en general.

<sup>7</sup> Bossebœuf L., *Le château de Véretz*, Tours 1903. p. 143-201 y 501-505.

<sup>8</sup> Jaloustre E., *Un précepteur auvergnat de l’Abbé de Rancé*, Clermont-Ferrand 1887.

<sup>9</sup> El 21 de julio de 1636 el Papa Urbano VIII concedió una dispensa de edad canónica para poseer simples beneficios y llegar a ser canónigos. El 4 de enero de 1638 recibe también el Indulto para sustituir el rezo del oficio divino por el de la Virgen, hasta cumplir los diecisiete años.

<sup>10</sup> Cherel, I, c. I, p. 38; cfr., Gervaise, p. 43-44.

<sup>11</sup> Sobre la familia Belin, ver el artículo de M. Prévost en DBF, bajo “Averton”.

<sup>12</sup> Corr., I, para Jean Favier, dic. 1642, p. 62.

<sup>13</sup> *Acta rectoria Universitatis anno 1642-1659*. (Bibliot. Imper., suppl. Latín, 1340). Referido por Dubois, I, c. VI, p. 40.

<sup>14</sup> Cherel, I, c. II, p. 39-40.

<sup>15</sup> Se permite al abad Rancé que pueda ser ordenado por el obispo católico que prefiera, y recibir de sus manos las cuatro órdenes menores y mayores hasta el sacerdocio, éste incluido. Se le dispensa además de los tiempos de espera y de cualesquiera otras formalidades que se observan en tal ocasión”. Gervaise, p. 61-62.

<sup>16</sup> Corr., I, para Jean Favier, 22 de dic. 1648, p.75.

<sup>17</sup> Gervaise, I, p. 65.

<sup>18</sup> Corr., I, para Jean Favier, 22 de dic. 1675, p. 75.

<sup>19</sup> Sólo en el agosto precedente se había distinguido en París en las primeras barricadas de la “fronde”.

<sup>20</sup> En este mismo año se vivía una gran etapa de la historia europea. Con la firma de la paz de Westfalia, se ponía fin a la guerra de los treinta años.